

JESÚS BARBA REY

Departamento de Prehistoria y Arqueología. UNED

LAS **MARCAS** ANTRÓPICAS EN LOS CONJUNTOS ÓSEOS **PALEOLÍTICOS** PAUTAS Y PROCESOS PARA IDENTIFICARLAS

Desde que los primeros homínidos abandonaron las selvas y bosques africanos y se adentraron en el medio hostil de las sabanas, la obtención de alimento debió de convertirse en una, si no en la primera, de las más importantes preocupaciones y actividades de estos grupos. Del éxito o el fracaso en esta actividad podía depender la supervivencia o la extinción de los mismos. En estas breves páginas trataremos de apuntar cuáles y de qué tipo fueron los alimentos de los que se sirvieron los cazadores-recolectores, así como las características que nos permiten diferenciar las acumulaciones óseas causada por ellos de las generadas por el resto de carnívoros.

Tal y como demuestran los estudios de carácter etnográfico basados en los actuales pueblos cazadores-recolectores¹, la principal fuente de alimento de los grupos que habitaron durante el Paleolítico debió de constituir la recolección de frutos secos, vegetales, frutas, raíces y tubérculos y la caza. No obstante, no podemos olvidar que hoy en día, los actuales pueblos objetos de estudio se han visto obligados a habitar zonas marginales, empujados por otros pueblos ganaderos y/o por la presión ejercida por diferentes gobiernos, por lo que es probable que sus

actuales modos de vida difieran o no puedan servirnos con demasiada exactitud a la hora de realizar analogías.

Como hemos mencionado, el aporte de proteínas también desempeñó un papel importante, sobre todo durante los inicios del Paleolítico. Para conseguir este aporte proteínico, los grupos humanos paleolíticos podían recurrir a la recolección de insectos, de huevos, al aprovechamiento de grandes mamíferos varados en las playas, a la pesca, al carroñeo de presas abatidas por los carnívoros y, por supuesto, a la caza, tanto de pequeños animales como de gran tamaño. La caza constituyó, sobre todo en los periodos finales del Paleolítico, una de las actividades más importantes de estos grupos, y debió de tener un importantísimo papel en el mundo ritual y simbólico de los mismos, tal y como parecen demostrar las pinturas y grabados halladas en numerosas cuevas.

Los animales no suponían una fuente de alimento solamente, sino que también podía aprovecharse de ellos otras materias iguales o, incluso, más apreciadas que la propia carne. De un ciervo, por ejemplo, los cazadores-recolectores paleolíticos podían aprovechar sus astas para la fabricación de diverso utillaje (arpones, azagayas, agujas, etc.) o del conocido como «arte mueble» (bastones de mando, «Venus»...); la piel para la realización de vestidos, abrigos, tiendas; los tendones y ligamentos, utilizados para enmangar cuchillos, lanzas, puntas de flecha o cual-

¹ Ver Binford 1978, O'Connell *et al.*, 1988.

distancia

Monográfico

quier otro útil lítico o para coser; la médula, un alimento rico en grasa que también servía como combustible, puesto que emana una luz blanquecina que no genera humo; el estómago o la vejiga, utilizados como recipientes para transportar alimentos o agua; y los huesos, que servían como materia prima para realizar determinados instrumentos (punzones, percutores...) y también como combustible. Como vemos, de un animal podía aprovecharse todo.

El resultado de las actividades de caza y carroñeo por parte de los grupos humanos es la acumulación de restos óseos en sus asentamientos. Pero no sólo los humanos pueden acumular huesos, muchos carnívoros también lo hacen. Entre ellos destacan las aves rapaces, las hienas y los puerco-espines. La hiena es un carnívoro conocido principalmente por su papel como carroñero de huesos, por lo que ha sido estudiada en numerosos trabajos². Las hienas son más eficientes que los perros en la masticación y la digestión de los huesos; sólo dejan las secciones de las hileras de los dientes de las mandíbulas inferiores y superiores y los extremos más resistentes de los huesos largos de los grandes mamíferos. Un conjunto típico de huesos procedentes de una guarida de hienas estará formado, en consecuencia, por este tipo de elementos.

Las marcas antrópicas. Para poder discernir entre una acumulación causada por un homínido o por un carnívoro hay que estudiar las marcas que aparecen en las superficies óseas. Si en ellas aparecen marcas de útiles líticos, el análisis deberá centrarse en los siguientes puntos:

— Solapamiento y superposición de las marcas, para extraer las secuencias de los acontecimientos de carnicería.

— Morfología de las marcas y diferenciación de las producidas por otros agentes: carnívoros, roedores, estrías producidas por abrasión, por pisoteo, por presión del sedimento, etc.

— Cuantificación de fragmentos óseos y huesos con marcas de utensilios, respecto del total de restos óseos recuperados en la excavación.

— Aparición exclusiva de marcas en determinadas partes anatómicas que puedan reflejar patrones de actuación cultural y disposición de las mismas en el hueso.

— Comparación de las marcas en piezas arqueológicas con las marcas resultantes de la experimentación y de las procedentes de la etnología comparada.

Pese a ser estudios recientes, el estudio de las estrías de descarnado empezó a ser tratado a principios de siglo, aunque desgraciadamente estos análisis no tienen continuación hasta la década de los años setenta³. Hoy en día, están prácticamente generalizados en todos los países europeos y se llevan a cabo en un gran número de yacimientos. Entre las marcas más significativas podemos destacar: las «marcas de corte» y las «marcas de percusión».

Marcas de corte. Son el resultado y exponente de los diferentes pasos que se llevan a cabo en las labores de carnicería sobre una carcasa. Desde un punto de vista general se podría decir que las marcas de corte se caracterizan por tener una sección en forma de «V». También suelen aparecer juntas, en grupos de número variable, y de forma perpendicular al eje longitudinal del hueso, aunque también pueden ser transversales. Normalmente siguen la misma dirección y su longitud es variable. Se distribuyen en determinadas secciones del hueso, en función de la tarea que se haya realizado sobre el animal (despellejado, desmembrado, descarnado...). Estas secciones tan características han sido definidas en numerosos estudios⁴ y suelen presentar las mismas características:

— Según estos trabajos, la sección dejada por un elemento lítico sin retoque es una «V» perfecta, aunque pueda haber múltiples variables.

² Ver. Marean *et al*, 1992.

³ Ver Binford, 1981; Jones, 1980.

⁴ Ver Reixach, 1986; Walker, 1977; entre otros.

distancia

Las marcas antrópicas en los conjuntos óseos paleolíticos

— Cuando el artefacto lítico tiene retoques, la sección presenta unas pequeñas variables tipológicas ya establecidas. En todos los casos la anchura máxima de la estría es superior a la profundidad máxima (salvo si el útil lítico es muy fino y cortante).

— La anchura media de las estrías se sitúa en torno a los 0,20 mm, aunque es cierto que existen diferentes medidas en función del tipo de materia prima elegida para la fabricación del útil y de si el útil está retocado o no.

— Las profundidades de las marcas varían entre los 0,08 mm y los 0,30 mm (estas últimas son muy excepcionales).

La importancia del análisis de las marcas se centra sobre todo en la posibilidad de plantear algunos criterios de actuación antrópica frente a la no antrópica y de interpretar la primera. Con este objetivo se han desarrollado numerosos trabajos⁵ para sistematizar los diferentes tipos de marcas según sea su situación en el esqueleto del animal, su ubicación y orientación en el propio hueso y su patrón de agrupación o dispersión, entendiéndose siempre que cada tipo de marca responderá, en principio, a unas labores de carnicería específicas, aunque se pueda dar el caso de que dichas actividades no siempre queden reflejadas en el hueso. De este modo, podrían proporcionar ciertos patrones de estrategias:

Despellejamiento. Esta labor deja marcas de extracción de la piel en aquellos huesos donde el contacto con la piel es directo, es decir, en los elementos con poco o nulo valor cárnico. Esto

tiene lugar, por un lado, en las partes distales de los miembros apendiculares inferiores: parte distal del radio, del cubito, de la tibia o los segmentos proximales de los metapodios y de las falanges primera y segunda. En dichas partes, estas marcas suelen aparecer rodeando el segmento óseo correspondiente. Por otro lado, marcas similares pueden estar presentes en la zona de la cabeza, sobre todo en la base de los cuernos o astas y alrededor de la boca. Estas marcas reflejan la extracción de la piel si lo que se pretende es su explotación. Si no es así, las marcas vinculadas a tal proceso responden directamente a la desarticulación de los huesos en dichos puntos.

Despiece y desarticulación. Esta actividad está vinculada a facilitar su transporte, por lo que varía dependiendo del tamaño de la presa y las preferencias culturales del grupo cazador a la hora de elegir una parte u otra del animal.

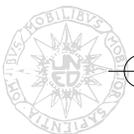
Las labores de despiece afectan, y por tanto dejan marcas, a las zonas de contacto de partes anatómicas, sobre todo en los puntos de unión del esqueleto axial con el esqueleto apendicular (escápula y pelvis).

Las marcas de despiece varían mucho, dependiendo de la técnica, la habilidad del carnicero y del tipo de animal. En general, las estrías producidas durante la separación de la parte axial del esqueleto con la apendicular a nivel de la escápula son largas, muy finas y de forma oblicua. En raras ocasiones, la separación de los miembros posteriores del esqueleto axial a nivel del sacro y de la pelvis suele dejar marcas de corte, pudiendo aparecer, a veces, en las alas del hueso ilíaco.

Las marcas de la desarticulación, desde el punto de vista morfológico, suelen ser profun-

Los animales no suponían sólo una fuente de alimento, sino que podía aprovecharse de ellos otras materias

⁵ Ver Binford, 1981; Reixach, 1986.



distancia

Monográfico

das y generalmente cortas, a la vez que aparecen en grupos donde predomina el paralelismo entre ellas.

Este tipo de marcas aparece, por tanto, en prácticamente todas las juntas óseas del esqueleto, puesto que sería necesario cortar los ligamentos y tendones que unen casi todos los huesos. Estas partes necesitan actuaciones de carnicería contundentes, por lo que las marcas suelen ser profundas y cortas, apareciendo en grupos en los principales puntos de articulación:

Descarnado. Esta actividad produce unas marcas que son consecuencia de la extracción de la carne, por lo que la mayoría de las veces las podemos relacionar con su preparación y consumo. Las estrías de descarnado se caracterizan por ser marcas relativamente largas y poco profundas. Tampoco suelen guardar una relación estricta de paralelismo, pudiendo predominar las marcas de tipo subparalelas o, incluso, cruzadas.

Normalmente, aparecen de forma frecuente en los huesos planos, como las alas de la escápula y de la pelvis, en el cuerpo de las costillas, en la base y cuerpo de las apófisis vertebrales y en las diáfisis de los huesos largos, como el húmero, tibia, fémur o radio. En estos últimos casos suelen predominar las marcas paralelas u oblicuas al eje longitudinal del hueso.

Marcas de percusión. Se producen como resultado del golpeo de las diáfisis del hueso, principalmente, para fracturarlo y extraer la médula. Desde el punto de vista morfológico, las marcas de percusión son de aspecto parecido a las marcas de diente, aunque las fosas de las marcas de percusión son curvadas en forma de «U» y están vacías, sin escamaciones o con una enorme cantidad de microestrías paralelas que pueden aparecer dentro, en el borde o fuera de la fosa, producidas por las partículas de mineral del percutor utilizado, que ejercen una acción abrasiva. Son de forma irregular, con cierta tendencia esférica y profunda. En algunas ocasiones van relacionados con los llamados «impactos re-

bote» en la cara opuesta del hueso, caracterizados por tener estrías producidas por el choque entre el hueso y el yunque, mientras que en el borde de la diáfisis pueden aparecer retoques y microdepresiones concooidales múltiples.

Como hemos visto, de entre los vestigios que el arqueólogo es capaz de registrar en un yacimiento, los restos de fauna recuperados son potenciales informadores de las diversas estrategias biológicas, económicas y sociales que el hombre desarrolla para mantener o favorecer su existencia dentro del ecosistema al que pertenece. La Arqueozoología es la ciencia dirigida a tratar de evaluar, a través de los restos óseos, qué animales fueron aprovechados por el hombre, cuál fue la relación hombre-animal y cómo podemos detectarla o inferirla a partir del registro arqueológico.

BIBLIOGRAFÍA

- BINFORD, L. R. (1978): *Nunamiut ethnoarchaeology*. New York: Academic Press.
- BINFORD, L. R. (1981): *Bones. Ancient men and modern myths*. New York: Studies in Archaeology.
- MAREAN, C. W.; SPENCER, L. M.; BLUMENSCHINE, R. J. y CAPALDO, S. D. (1992): «Captive hyaena bone choice and destruction, the schelpp effect and Olduvai archaeofaunas», en *Journal of Archaeological Science*, 19: 101-121.
- O'CONNELL, J. F.; HAWKES, K. y BLURTON JONES, N. G. (1988): «Hazda hunting, butchering, and bone transport and their archaeological implications», en *Journal of Anthropological Research*, 44: 113-161.
- JONES, P. (1980): «Experimental butchery with modern stone tools and its relevance for Palaeolithic archaeology», en *World Archaeology*, 12 (2): 153-165.
- REIXACH, J. (1986): «Huellas antrópicas. Metodología, diferenciación y problemática», en *Revista de Arqueología*, 60:6-14.
- WALKER, PH. (1977): «An experimental study of the morphological characteristic of tool-marks», en *American Antiquity*, 92.